

BREVE HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN RUSA

Iñigo Bolinaga



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve historia de la Revolución rusa
Autor: © Iñigo Bolinaga

Copyright de la presente edición: © 2010 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Diseño y realización de cubiertas: Nicandwill
Diseño del interior de la colección: JLTV

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-278-2
Fecha de edición: febrero 2010

Printed in Spain
Imprime: Estugraf Impresores S.L.
Depósito legal:

Para Amelia

Índice

Capítulo 1: Miseria imperial	11
Un espléndido pastel podrido.....	11
La masacre	22
La escalera de Eisenstein	30
El nuevo poder	42
El parlamento de cartón	48
Capítulo 2: Una historia en rojo	59
La nueva doctrina.....	59
El hereje	70
Bolcheviques y mencheviques	78
La conferencia de Praga.....	93
Capítulo 3: Doble poder	101
Cinco días de febrero	101
La nueva estrategia	112
Retorno a la clandestinidad.....	125
La <i>Kornilovschina</i>	133
Capítulo 4: Asalto al Estado	141
El laboratorio de la historia.....	141

La insurrección.....	152
Califas por una hora	160
La implantación	173
El elemento externo	185
Capítulo 5: La hora del fusil.....	197
Rojos y blancos	197
El partido mundial.....	207
La otra revolución	214
Comunismo de guerra	223
La gran sublevación	235
Capítulo 6: Los herederos	245
Cambio de rumbo.....	245
El crepúsculo.....	256
El legado	262
Bibliografía.....	269

1

Miseria imperial

El obrero tiene más necesidad de respeto que de pan.
Karl Marx

UN ESPLÉNDIDO PASTEL PODRIDO

Cuando en 1894 fue proclamado emperador y autócrata de todas las Rusias, el joven Nicolás II estaba muy lejos de suponer que pasaría a la historia como el último zar. Rusia era aún una de las cinco grandes potencias políticas de Europa, y junto a Austria-Hungría y Turquía, un extenso Imperio plurinacional que ocupaba gran parte de la Europa del este. Las fronteras de la Rusia de los zares se propagaban desde la extensa llanura de Europa central hasta el mar de Ojotsk, en el extremo oriente asiático, haciendo frontera con naciones tan alejadas como Alemania y China. De norte a sur, los confines rusos partían desde el ártico para concluir sus límites en las tierras de los pueblos musulmanes de Asia central, aún trashumantes y muy lejos de la civilización europea. Los zares habían construido a lo largo de los siglos un Imperio de más de veintidós millones de kilómetros cuadrados; un gigante en expansión, tanto territorial como demográficamente hablando, que albergaba a ciento treinta millones de personas al principio del

reinado de Nicolás II y a más de ciento setenta y cuatro millones en los años previos a la revolución. Si bien la mayoría de sus habitantes eran de incuestionable raigambre rusa, el Imperio cubría dentro de sus límites una enorme cantidad de territorios muy diversos, uniendo al carro ruso a más de doscientas etnias diferentes.

A excepción de casos raros como el de Finlandia, que gozaba de una amplia autonomía, las etnias y nacionalidades integradas en el Imperio estaban sometidas a una secular política centralizadora, uno de cuyos rasgos más definitorios fue la puesta en práctica de un implacable plan de rusificación cuidadosamente dirigido desde Moscú. Los pueblos culturalmente más coincidentes con los rusos —los eslavos europeos— fueron los que con más fuerza, junto con los caucasianos, rechazaron la aculturación. Polacos, finlandeses, pueblos bálticos, ucranianos, armenios o georgianos son solo un pequeño ejemplo de nacionalidades enfrentadas al dominio ruso que convertían al Imperio en una bomba de relojería presta a estallar en cuanto las pasiones nacionalistas se pulsaran todas a la vez.

Siendo un grave problema el del engarce administrativo de tantos pueblos y geografías tan diversas bajo el poder unificado de un solo zar, había más asuntos que merecían una atención de primera línea de cara a mantener la estabilidad y asegurar la permanencia del Imperio. La estructura del poder estaba desfasada; presentaba el típico esquema de antiguo régimen basado en un poder monárquico omnímodo, totalmente ajeno a los cambios políticos que en la Europa occidental habían terminado por desarrollar sociedades de democracia parlamentaria. Rusia estaba regida por una estructura cuasifeudal, en la que el noble era la autoridad y el dueño de las mejores tierras¹. El

¹ Hasta 1861, los campesinos estaban adscritos a la tierra que cultivaban. La posibilidad de abandonarlas y buscarse la vida de otra manera estaba prohibida por ley. Cuando el propietario vendía o cedía determinadas parcelas de tierra de su propiedad, con ellas

campo seguía siendo, a principios del siglo XX, el sustento y único horizonte de más del 80% de los rusos, en su gran mayoría pobres hasta la miseria, analfabetos y profundamente supersticiosos. La vida en el campo no se había transformado un ápice desde hacía siglos, manteniendo incólume uno de los presupuestos básicos de la economía de antiguo régimen: la agricultura de subsistencia dependiente de los nobles detentadores de tierras, a quienes el campesino debía tanto respeto y devoción como al propio zar, cuya imagen se representaba en iconos religiosos como la de un lejano benefactor. La vida del campesino ruso transcurría en los límites de la miseria, cayendo completamente en ella cuando las cosechas eran malas, ya que la parte del león de lo que producía desaparecía de sus manos en forma de impuestos, gravámenes o pago de deudas contraídas con el heredero del antiguo propietario de las tierras que trabajaban. El utillaje agrícola tampoco estimulaba la producción, habida cuenta de que se trabajaba con instrumentos que ya en la edad media fueron ampliamente superados por países como Holanda o Inglaterra. Además, cada campesino contaba tan solo con una pequeña cantidad de tierra para cultivar, seis veces menor a las hectáreas que se consideran adecuadas para garantizar la alimentación básica de una familia media, lo cual les hacía depender extraordinariamente de la comunidad, el *mir*.

La institución del *mir* ya existía antes de la abolición de la servidumbre, aunque fue a partir de entonces cuando cobró auténtico protagonismo en el campo,

eran también vendidos o cedidos los campesinos que la trabajaban. A partir de la reforma agraria del zar Alejandro II, abuelo del último Romanov, se abolió la institución de la servidumbre en el campo ruso, de forma que millones de campesinos ascendieron al rango de propietarios a costa de los nobles terratenientes que, sin embargo, retuvieron el control de las mejores tierras y engordaron sus bolsillos con gravosos pagos que el campesinado tuvo que pagar durante generaciones como indemnización.

2

Una historia en rojo

Una revolución llevada según las reglas
del juego de cricket sería un absurdo.
Arthur Koestler

LA NUEVA DOCTRINA

Debido a la situación crónica de hambres y epidemias, la sociedad rusa ha sido históricamente muy conflictiva. Partiendo de los orígenes de la Moscovia de los primeros zares y terminando en vísperas de la revolución, Rusia ha destacado por ser cuna y escenario de una importante cantidad de revolucionarios que actuaban a ciegas, sin un marco teórico claro, contra el enemigo terrateniente. Como corresponde a una sociedad que nunca dejó del todo atrás la edad media, el actor principal de los estallidos de violencia revolucionaria siempre había sido el campesinado, lo que no es de extrañar habida cuenta de que la Rusia prerrevolucionaria seguía siendo una sociedad eminentemente agrícola. Hasta finales del siglo XIX no surgió un proletariado capaz de actuar como motor de una potencial revolución. Así pues, antes de la introducción del marxismo los movimientos socialmente inconformistas más radicalizados centraban su discurso y sus métodos en la lucha del campesinado por la mejora de sus condi-

ciones de vida, con eventuales concesiones a las reivindicaciones políticas, sin ser estas ni de gran calado ni especialmente acertadas. Las repetidas «emociones»¹⁴ revolucionarias cristalizaron finalmente en un movimiento denominado *narodnik*, que durante el transcurso del siglo XIX tomó cuerpo y presencia en todo el territorio ruso. Sus partidarios eran conocidos como *narodniks*, y eran principalmente miembros de la *intelligentsia* urbana, que descubría con una mezcla de cariño patriótico y escándalo las condiciones de vida de sus compatriotas y pretendía un cambio revolucionario de base a favor de los más desfavorecidos. Instaban a los campesinos a levantarse contra las ataduras del terrateniente, del *kulak* e incluso del propio zar obteniendo un confuso aparato teórico que aunaba elementos de corte semianarquista con el socialismo utópico premarxista. En el conglomerado revolucionario *narodnik* también asomaba un componente primario de nacionalismo, así como un apego rayano en la adoración por los métodos violentos. Exaltaban una forma extrema de terrorismo que arrebató numerosas vidas, pero que en todos los años de su existencia no logró ni por casualidad hacer temblar al sistema. Junto a los nihilistas, tan bien retratados en las novelas de autores como Tolstoi o Dostoievski, los *narodniks* parecían tener más claros tanto sus objetivos como los métodos a emplear, lo que no fue óbice para el desarrollo de un floreciente terrorismo anarquista ruso.

La efervescencia revolucionaria que destilaban nihilistas y *narodniks*, muchas veces confundidos entre sí, pronto fue recanalizada por un duro competidor: el

¹⁴ «Emociones» es un término que a veces ha sido utilizado para describir las revueltas campesinas que durante la edad media y moderna asolaron las tierras de Europa. He querido incluir esta palabra, ya que los levantamientos campesinos de la Rusia contemporánea responden mejor a las pautas seguidas por la medievalidad europea que a los siglos XIX y XX.

marxismo¹⁵. Infiltrado tímidamente en Rusia tres años antes de la muerte de Karl Marx (1818-1883), el marxismo fue compilado, traducido y profusamente divulgado entre la intelectualidad rusa por Georgi Valentinovich Plejanov, un erudito progresista que, como todo revolucionario al uso en Rusia, había formado en las filas de los *narodniks*.

Para Plejanov, el descubrimiento del marxismo supuso una auténtica transfiguración. Presentó las ideas de Marx para sí y para los rusos como una nueva fe, como la *ciencia de la revolución*. Descubría la historia como un elemento natural regido por leyes inmutables, mensurables y predecibles, al igual que las leyes de la física. Aunque Pavel Axelrod tiene el mérito de ser el primer gran intelectual ruso convertido al marxismo, será Plejanov, como gran difusor y maestro de la doctrina, quien ostente el título de padre del

¹⁵ Sería una osadía por mi parte pretender explicar el marxismo en unas pocas líneas, así que... seamos osados: Según Marx, las relaciones de producción son la base de toda sociedad. De manera que la infraestructura económica define la superestructura política, cultural o ideológica. Si se cambia la base, la infraestructura económica necesariamente también cambiará y en consecuencia dará origen a una nueva superestructura. Durante la historia de la humanidad siempre han existido clases dominantes que han impuesto su dominio al resto mediante un sistema de relaciones de producción que les beneficiaba. Pero a medida que el sistema iba avanzando se desgastaba y las contradicciones del mismo crecían desmesuradamente hasta llegar a un punto de no retorno tras el cual se imponía la revolución, siendo sustituido el antiguo sistema de producción por uno nuevo, configurando una nueva sociedad totalmente diferente a la anterior. Tal ocurrió durante las revoluciones burguesas, en las que el antiguo régimen y todo su sistema de producción fue sustituido por el capitalismo. Igualmente, cuando las contradicciones del capitalismo, para Marx muy próximas en los países más industrializados, fueran irresistiblemente patentes, se daría la revolución socialista, última fase revolucionaria en la historia de la humanidad, tras la cual se logrará una sociedad sin clases, justa y duradera.

Georgi Plejanov fue uno de los pioneros en la propagación de las ideas marxistas en Rusia. Las primeras agrupaciones políticas de este signo lo admitieron unánimemente como el padre del marxismo ruso.



Deutsch, Vera Zasulich y Pavel Axelrod. El activismo de esta organización se desarrolló casi por completo dentro del campo intelectual, dedicándose a la traducción y divulgación de las obras de Marx y Engels para el público ruso. Además, desarrollaron importantes labores de investigación y escribieron aportaciones propias al desarrollo del marxismo, siendo uno de los primeros grupos de estudios marxistas a nivel mundial. Lejos de tratarse de un movimiento netamente obrero, era más bien una agrupación de eruditos muy alejados del conocimiento de primera mano de las penalidades del proletariado y el campesinado ruso, pero muy concienciados y dispuestos a ayudarlos desde su formación como miembros de la numéricamente limitadísima *intelligentsia*. *Emancipación del Trabajo* actuaba fuera de las fronteras del Imperio ruso, debido a la preferencia de sus promotores por la seguridad política en países como Suiza, en los que se podía respirar una tolerancia francamente chocante con respecto a la de su país de origen.



La primera agrupación política marxista surgida en el interior de Rusia fue la *Liga para la lucha por la emancipación de la clase obrera*, que contaba entre sus filas con personalidades que iban a jugar un papel decisivo en el futuro del POSDR, como Lenin (sentado, en el centro) o Martov (con barba, sentado a su izquierda).

esta energía escondía una mente brillante encerrada en un cuerpo enfermo que no era precisamente dinámico ni enérgico. La fuerza se la aportaban su cabeza caliente, su mente burbujeante y sus ansias de cambiar el mundo. Lenin estuvo aquejado durante toda la vida por numerosas dolencias. Algunas le molestaron gravemente hasta el punto de obligarle a retirarse un tiempo de la actividad diaria, como sus omnipresentes problemas estomacales y nerviosos, sus migrañas y el agotamiento general que periódicamente le obligaba a guardar cama; pero otras resultaron más graves, como la anomalía cerebro-vascular congénita que lo llevó tempranamente a la tumba.

El 5 de diciembre de 1895, año de la fundación de la Liga, Lenin fue detenido por actividades subversivas y después de varios meses en la cárcel, trasladado a Siberia. En 1900 fue indultado, tomando la decisión de exiliarse en Suiza, donde podría desarrollar sus actividades políticas con mucha más libertad que bajo el viciado ambiente ruso. El Lenin que se asienta en Ginebra no es el mismo que fue desterrado a Siberia



Lenin pronto destacó como un eficaz intelectual volcado en transformar todo el bagaje teórico acumulado en acción revolucionaria práctica. Nunca comprendió las aportaciones teóricas como un fin en sí mismas, sino con el objetivo de aplicarlas a la toma del poder.

habría de romperse. Una vez roto, el resto de la cadena será más fácil de quebrar.

Lenin concluye que, al contrario de lo que la mayoría de los marxistas esperan, nunca se dará una revolución de manera espontánea. El eslabón más débil no se iba a quebrar por sí solo. Para ello era necesario un pequeño equipo de revolucionarios a tiempo completo encargados de diseñar al milímetro todos los pasos a dar para el triunfo de la revolución. Ese grupo habría de estar reducido tan solo a las personas adecuadas y restringido a las bases del partido revolucionario que acatarían sus directrices sin preguntar. Lenin rechaza la revolución de masas; prefiere la calidad antes que la cantidad. Además, el elitista grupo de revolucionarios dedicados en cuerpo y alma a la revolución habría de ser organizado a la sombra de un partido también pequeño, disciplinado y fuertemente centralizado. El partido ideal de Lenin no es un partido de masas sino una asociación de pocos y escogidos hombres, erigidos en vanguardia directora de la revolución. Lenin considera que las decisiones adoptadas por

3

Doble poder

Nadie pensaba que ese día pudiera
ser el primero de la revolución.
León Trotski

CINCO DÍAS DE FEBRERO

Al igual que los años inmediatamente anteriores, 1917 se inauguró con una creciente ola de conflictividad social. El momento que tanto habían esperado los bolcheviques —*1905 volverá*, había predicho Lenin tras la revolución fallida— se había presentado por fin, aunque estos aún no se habían dado por enterados. Como en 1905, la participación de Rusia en una guerra a gran escala había colaborado a exasperar el ánimo del sufrido pueblo. La falta de abastos se sumaba a una cruel leva de hijos de campesinos pobres en un coctel explosivo que no tardaría en hacer sentir sus efectos. Rusia se estaba cayendo a trozos, y el zar no parecía tener ninguna intención ni siquiera de parchearla.

Los efectos de todo este amasijo de irresponsabilidades se dejaron ver con demasiada claridad incluso en las ciudades más ricas y populosas, donde se generaron largas colas de ciudadanos a la espera del ansiado bocado que les correspondía en base a su cartilla de racionamiento. No era raro descubrir a plena luz

del día a un grupo de personas asaltando los escaparates de las tiendas de alimentación, empujados por la necesidad. Los constantes ruegos al zar se evaporaban en las altas instancias y los pocos que llegaban no solían obtener respuesta alguna. Nicolás II se hallaba por entonces en el frente, enfrascado en la magna tarea de dirigir sus ejércitos. Para un perfecto incompetente como él, no podía haber nada más elevado que dedicarse en cuerpo y alma al arte de la guerra, algo para lo cual, dicho sea de paso, tampoco valía. El zar había dispuesto que mientras se encontrara sumergido en los asuntos de la guerra sería su esposa Alejandra quien cubriría su puesto, por lo demás lo suficientemente inepta como para ratificar aún con más firmeza la equivocada política de su marido. Para entonces casi toda Rusia era consciente de que el zar era un incapaz. Algunos llegaban a más: Trotski llegó a decir de él que era un deficiente.

El 13 de febrero de 1917 una gran manifestación orló de banderas rojas las calles de Petrogrado. Pedían pan para alimentar a sus familias y el fin inmediato de la guerra. Al contrario que en enero de 1905, el himno que salía de las gargantas de los trabajadores ya no era el *Dios salve al zar*, sino *La Marsellesa*²⁴. Las manifestaciones fueron toleradas por las fuerzas del orden, que siguieron en silencio las evoluciones pacíficas de una población que ya había dejado de dar muestras de tener ningún tipo de esperanza en el sistema autocrático. Al día siguiente, 14 de febrero, la protesta ascen-

²⁴ Pese a haber sido adoptado por una nación extranjera como himno nacional, *La Marsellesa* seguía siendo la canción que mejor representaba el orgullo recuperado de los desheredados de la tierra. En aquella época, y aún después de la revolución bolchevique, en muchos países el himno nacional francés seguía cantándose como representación de una unión con los idealizados ciudadanos que se levantaron contra la aristocracia durante las jornadas revolucionarias de 1789 y que dieron lugar a la revolución francesa.

dió a noventa mil personas. Aquella situación era insostenible, y un zar responsable lo debía de saber.

Las reclamaciones populares pudieron ser despa-chadas a gusto sin represalias gubernamentales, y poco a poco fueron remitiendo. Sin embargo, esto no era más que la calma que precede a la tormenta. Con motivo del día internacional de la mujer, el 23 de febrero —8 de marzo en el calendario occidental— se organizaron en Petrogrado varias manifestaciones de muy distinto signo, con el denominador común de que estaban integradas principalmente por mujeres. Todas ellas terminaron por entremezclarse, confundiéndose el pacífico lema de «pan y paz» con otros más audaces que pedían el derrocamiento de la autocracia. La policía, de momento, se limitó a mantener el orden. Al fin y al cabo, el grueso de los manifestantes no era sino amas de casa acompañadas por sus maridos y a veces niños y abuelos que en su mayoría se quejaban de que pasaban hambre, y buscaban una solución inmediata a tan perentorio problema.

El 24 de febrero una gran cantidad de trabajado-res desfiló en manifestación desde los barrios obreros hacia el centro de la ciudad. Los soldados tenían orden de defender los lugares políticamente más sensibles. Se había declarado una huelga general pacífica y esta vez las protestas fueron acompañadas por los ruegos de madres hambrientas que miraban con gesto compungido a los soldados exhortándoles a unirse a ellos. La ciudad entera se había volcado a la calle y el gentío amenazaba con invadirlo todo. Las fuerzas de seguridad, en otro tiempo más activas, dejaban que los paisanos rozaran con sus rasgados ropajes las puntas de sus bayonetas para seguir manifestándose con total impunidad. Dejaban hacer, y esto es algo que los manifes-tantes no dejaron de advertir. Las mujeres apelaban a su condición de madres para volver una y otra vez a acercarse a los jóvenes soldados, entablando conversa-



Giorgi Lvov presidió los primeros gabinetes del gobierno provisional, de marcada impronta conservadora. Durante la Kornilovschina jugó un oscuro papel de recadista entre Kerenski y Kornilov, aún no del todo aclarado.

ejemplo cundió, y el día 27 de febrero los regimientos de la ciudad fueron uniéndose a los manifestantes poco a poco.

Obreros y soldados, unidos en manifestación, rodearon aquel histórico 27 de febrero el palacio Taúrida, sede de la Duma, armados hasta los dientes. Los obreros habían abierto las cárceles, dando la libertad a miles de presos políticos, y también los arsenales, repartiendo armas entre los trabajadores. Era la revolución en marcha, el pueblo en armas unido por una misma ansia y bajo una misma reivindicación. Obreros, soldados, ciudadanos anónimos... todos unidos presionando ante el palacio de la Duma, la única institución zarista que se mantenía en pie. El gobierno ya se había evaporado como por encanto y solamente quedaban los diputados de la Duma, ante quienes se presentaron los manifestantes para que, en su calidad de diputados y hombres letrados, formaran un gobierno alternativo. Sorprende el hecho de que el movimiento popular pusiera en manos de los diputados, mayoritariamente conservadores, la creación de

4

Asalto al estado

La Historia no nos perdonará
si no asumimos el poder ahora.
V.I. Lenin

EL LABORATORIO DE LA HISTORIA

Dotado de una mente analítica completamente volcada en su obsesión, Lenin había sido el único miembro del Partido Bolchevique capaz de analizar el estado sociopolítico ruso en clave de revolución. La insurrección armada tenía en él a su más infatigable valedor, y es posible que sin su participación jamás se hubiera producido. Aquella reclamación de septiembre dirigida al Comité Central de cara a iniciar de inmediato los preparativos para el levantamiento galvanizó toda la estructura del partido, y aunque en un primer momento fue interpretada como la ensoñación de un líder alejado de la realidad capitalina³⁷, algo comenzaba a moverse. Lev Kamenev y Grigory Zinoviev consideraban excesivamente arriesgadas e incluso ingenuas las reclamaciones de Lenin. En seguida se mostraron como los principales opositores de la insu-

³⁷ A veces por política y otras por cuestiones de salud, Lenin solía pasar largas estancias en Finlandia.

rección inmediata; tendían a ralentizar la acción y a patrocinar cierta colaboración con los demás grupos de la izquierda, un planteamiento contra el que Lenin siempre se había manifestado. Vladimir Illich Uliánov³⁸ no estaba dispuesto a que germinara de nuevo el ideal conciliatorio dentro de un partido que había creado casi a su imagen y semejanza. Recalcaba que el gobierno de Kerenski se encontraba solo, que las tropas eran fieles al soviets y que la oficialidad se había lanzado en masa a defender al fracasado Kornilov, dando la espalda definitivamente al primer ministro. La ocasión pintaba estupenda, y antes de que una nueva colaboración entre mencheviques, eseristas y kadetes consolidara un nuevo gobierno, había que aprovechar el caos político y de preeminencia bolchevique en las calles y en los soviets más importantes.

Lenin envió sucesivas cartas instando a una reunión del Comité Central para ratificar definitivamente la puesta en marcha de la insurrección. Ante la aparente inactividad de los suyos, decidió abandonar su refugio finlandés para acercarse de incógnito a Petrogrado. Se presentó ante los miembros del Comité Central aduciendo que era urgente preparar el inmediato levantamiento bolchevique. Aunque de acuerdo con la estrategia básica de Lenin, algunos miembros

³⁸ El nombre real de Lenin era Vladimir Illich Uliánov. *Lenin* fue un alias con el que suscribió «¿*Qué hacer?*», obra que le sacó de la oscuridad política y le hizo conocido dentro de los círculos revolucionarios. A partir de entonces sería conocido como Lenin. Se cree que adoptó el apodo por el río Lena. Como era costumbre en la clandestinidad, Lenin utilizó muchos apodos. El nombre Trotski también es un mote que León Davidovich Bronstein —nombre real— tomó prestado de uno de sus carceleros. Después de utilizar numerosos alias distintos entre los que destacan Soso o Koba, el revolucionario georgiano Iosif Vissarionovich Dujasvili terminó por ser conocido por Stalin, «*acero*» en ruso. También Ovsel Gershon Aronov Radomysilsky cambió su nombre por el de Grigory Yevseevich Zinoviev, con el que será conocido por la historia.

del Comité consideraban demasiado arriesgado embarcarse en una aventura golpista, pero la presencia del carismático jefe cambiaba las cosas. La aparición del jefe actuó como revulsivo, y los bolcheviques se pusieron en marcha, no sin las acostumbradas resistencias de primera hora. Ciertamente, el planteamiento de Lenin distaba mucho de ser democrático. «Los bolcheviques serían unos ingenuos si esperasen a tener una mayoría formal; ninguna revolución espera esto», dijo como respuesta a los titubeos de los sectores del partido más favorables a extender el dominio bolchevique sobre la mayor parte de los soviets de Rusia. Para Lenin la clave del éxito de la insurrección armada estribaba en ser abrumadoramente superior en fuerzas en el día, el momento y el lugar decisivos. Si dejaban pasar esta oportunidad, quizá nunca más volvería. «La Historia no nos perdonará si no asumimos el poder ahora», sentenció.

Las demandas de Lenin forzaron una reunión del Comité Central que fue proyectada para el día 17 de octubre. El líder revolucionario sabía que dentro del partido se encontraba muy extendida la opinión de que la toma violenta del poder era un suicidio, prefiriendo esperar a que las circunstancias a nivel de soviets fueran aún más favorables, cosa que no ocurriría nunca. La «conjunción astrológica» que presentaba a unos bolcheviques fuertes frente a un gobierno débil y abandonado se estaba dando en ese preciso instante, y Lenin no estaba dispuesto a perder una oportunidad así. Ya se perdió la de 1905. En consecuencia, y haciendo uso de sus poco ortodoxas artimañas, logró adelantar la reunión al 10 de octubre. La repentina modificación cogió a muchos miembros del Comité Central con el paso cambiado, de forma que de los veintiún representantes que lo componían tan solo acudieron doce, la mayoría fieles leninistas, asegurándose así el voto favorable a las tesis insurreccionales.



Pintura propagandística soviética incidiendo en la toma del palacio. El haz de luz del acorazado Aurora ilumina los cielos mientras los revolucionarios avanzan hacia el edificio.

pasos del vals, se había transformado en el salón de plenos de los delegados del soviet de obreros, soldados y campesinos. Por aquellos días, el Smolny era casi un edificio fortificado con soldados armados en la puerta y a veces incluso nidos de ametralladora en los puntos especialmente estratégicos o vistosos. Lo que había sido un *petit palace* de alcurnia se había transformado en una jungla burbujeante por la que desfilaban a diario hombres armados con brazaletes rojos, proclamas políticas, un extraño olor que entremezclaba tabaco con sudor humano y mucha suciedad. Su interior era un hervidero de gente corriendo, fumando o durmiendo apoyados en las otrora distinguidas paredes o directamente en el suelo. Se cuenta que bastaba con abrir una de las puertas de sus innumerables habitaciones para tragarse una bocanada de humo procedente del tabaco consumido por los que se hallaban dentro. Un ambiente viciado y maloliente que sin embargo inspiraba la grata sensación de que tras las ventanas de aquel histórico edificio bullía la actividad. El Smolny se había transformado en un hábitat particular con



Asalto al palacio de Invierno. Fotograma obtenido de la película *Octubre*, de Eisenstein.

Petrogrado. Aunque las acusaciones de promover la contrarrevolución no eran ciertas, el gobierno sí que tenía la intención de alejar a las fuerzas más soviéticas, de manera que los primeros movimientos de tropas en esa dirección justificaron a ojos de los miembros de la guarnición las advertencias procedentes del CMR. En consecuencia, y revalidando su supeditación y fidelidad al soviético, la mayoría de los regimientos se pusieron a su disposición por medio de su comité de defensa, el CMR, sin saber que este no era más que un títere de los bolcheviques. El 21 de octubre, los soldados reconocieron al CMR como suprema autoridad de la guarnición, haciendo caso omiso a sus oficiales. El 23 de octubre, la soldadesca acuartelada en la fortaleza de Pedro y Pablo comunicó oficialmente al soviético que se ponía a las órdenes del CMR. Sin perder un instante, la oficialidad informó al gabinete ministerial de que habían perdido su autoridad sobre los soldados de las guarniciones de la ciudad. El gobierno estaba vendido.

La noche del 23 al 24 de octubre, después de recibir las alarmantes noticias del mando militar, el ejecu-

5

La hora del fusil

Era la revolución. No la revolución idealizada,
sino la revolución presente, sangrienta,
la revolución militar.

Boris Pasternak, *Doctor Zhivago*.

ROJOS Y BLANCOS

El establecimiento de ejércitos blancos en derredor de la Rusia dominada por los bolcheviques suponía una grave amenaza contra la estabilidad del nuevo estado, la más peligrosa de todas las que había tenido que superar el joven gobierno obrero. Lenin supo valorar los acontecimientos en su justa medida y respondió con decisión. El Sovnarkom tenía bien presente que su primer objetivo era la pervivencia. Lenin le había dotado de un instinto de conservación extraordinariamente desarrollado sin cuya presencia no podría comprenderse cómo pudo seguir en pie ante tantas y tan angustiosas pruebas. Sobrevivir durante los complicados primeros años largos del nuevo régimen fue una tarea de titanes que se consiguió con grandes dosis de decisión, pero sobre todo de realismo y de tener bien claras las preferencias, los objetivos y los métodos.

El territorio controlado por el Sovnarkom estaba situado en la zona centro-norte de lo que es hoy la Rusia europea, con dos extensas ramificaciones que desembo-

caban en el Cáucaso y la parte norte de los Urales. Era el motor económico, político y social de aquella Rusia y aún de la actual, ya que incluía el eje Moscú-Petrogrado y otras ciudades importantes, como Saratov, Kazán o Novgorod. Los bolcheviques contaban pues con la zona más próspera del territorio que Brest-Litovsk no les había arrebatado, además de ser un núcleo territorialmente unido, muy compacto y relativamente fácil de defender. A pesar de la pérdida efectiva de zonas tan vitales como Ucrania, los bolcheviques contaban con la ventaja de controlar un territorio políticamente unido y fácil de controlar merced a la existencia de un entramado de carreteras y vías férreas que los blancos no poseían⁵⁴, además de ser la franja más densamente poblada de lo que quedaba de la Rusia zarista después de Brest-Litovsk, estimándose unos setenta millones de personas útiles para ser alistadas en el Ejército Rojo y en las fábricas, contra unos ocho o nueve en las zonas menos desarrolladas dominadas por los generales blancos. La fuerza bolchevique residía en que podía imponer su poder efectivo sobre todos aquellos millones de personas porque el territorio y las instituciones estaban concentrados y perfectamente intercomunicados entre ellos y con el Kremlin. Además, muchos de los opositores al régimen bolchevique luchaban por objetivos radicalmente diferentes, siendo los más comunes la restitución de la monarquía bajo formas autoritarias o parlamentarias —caso de la práctica totalidad de los generales blancos— o la instauración de una democracia liberal de corte europeo —caso de los exiliados eseristas

⁵⁴ A pesar de que Ucrania fue uno de los refugios blancos más destacados de la guerra civil rusa, estos nunca gozaron del control de la economía del país, ni tampoco de sus líneas de tren. El gobierno liberal de Petliura, que había declarado la independencia, y las fuerzas anarquistas denominadas «Ejército Negro» se lo impidieron.

y algunos kadetes. Esto provocó que entre los propios blancos se diera una sorda batalla que benefició a Moscú, algo que nunca ocurrió dentro de las tropas rojas. Así como, en su momento, pretender frenar el avance alemán iba contra todas las normas de la lógica, en el caso de la amenaza blanca se podía y se debía de encarar la prueba. Contra ellos no habría ningún Brest-Litovsk, ya que se habían levantado en armas con la intención expresa de barrer al gobierno revolucionario. Además, los miembros del Sovnarkom observaban con cierto alivio que sus enemigos eran en realidad bastante pocos y además se encontraban muy dispersos. La guerra civil se iba a caracterizar, de hecho, por la multiplicidad de escenarios totalmente inconexos unos de otros, lo que favoreció la victoria roja al oponer un ejército mucho más numeroso contra tropas que actuaban sin ningún tipo de coordinación con las blancas de otros frentes. Así pues, el Sovnarkom no eludió la lucha y lanzó a un Ejército Rojo en constante crecimiento contra las huestes de los generales blancos. La revolución se jugaba una vez más su supervivencia. Una apuesta demasiado alta como para permitirse el lujo de perderla.

Como responsable del área de Guerra, León Trotski fue el impulsor de una política de lucha sin cuartel que se dejó sentir también en el interior del país, ahogado por las insaciables necesidades alimenticias y materiales del ejército. Para el gobierno soviético ganar la guerra era la prioridad por excelencia. En consecuencia, aceleró la formación, entrenamiento y puesta en marcha de un Ejército Rojo que, mediante reclutamientos voluntarios al principio y forzosos a medida que avanzaba la guerra⁵⁵, llegó a contar con casi cinco millones de efectivos al final del conflicto. El ejército de nuevo cuño que estaba creando Trotski se construía con los mismos esquemas disciplinarios

⁵⁵ La orden de leva obligatoria data de abril de 1919.

del antiguo, algunos de ellos tan persuasivos como las medidas reservadas a los traidores, desertores o cobardes. Consistían estas en la imposición de un severo castigo a los familiares, que podía llegar a suponer desde multas pecuniarias hasta la muerte de padres o hermanos del infractor⁵⁶. Unas medidas que no se quedaron en mera teoría. Fueron aplicadas sin miramientos, tal y como había acostumbrado el rígido ejército zarista durante siglos, sirviendo como un eficaz disuasorio para quienes estuvieran pensando en abandonar las armas. Por si fuera poco, cada regimiento disponía de un destacamento de Guardias Rojos dispuesto en retaguardia para disparar contra todo el que pretendiera desertar. Los años de gobierno habían descubierto a Trotski las virtudes de la rigidez castrense, transformándolo en un auténtico adalid de la disciplina a la vieja usanza, castigos corporales y pena de muerte incluidos. Su política de acoger a militares zaristas fue todo un éxito, aunque supo guardarse las espaldas mediante la creación de una figura de nuevo cuño: el comisario político, una especie de cordón umbilical entre el ejército y el partido, encargado de adoctrinar y velar por la ortodoxia comunista, elevar informes al gobierno y controlar a aquella oficialidad de extracción no humilde de la que se alimentaba el Ejército Rojo. La vigilancia del comisario político y el retorno a la disciplina castrense en la que tan cómodos se sentían lograron que los oficiales se acomodaran con bastante rapidez al ejército de nuevo cuño que estaba creando Trotski. Pronto comenzarían a ver al rojo como a un ejército nacional en lucha frente a unos

⁵⁶ Lo habitual era que por cada desertor los militares reclutasen a un pariente suyo para sustituirle. Por supuesto, esta medida nunca iba sola, habiéndonos llegado numerosos testimonios de familias enteras que fueron masacradas por esta razón, incluidos niños y ancianos.



León Trotski pasa revista al Ejército Rojo, una fuerza de combate aún bisoña que el animoso revolucionario construyó desde los cimientos.

blancos descoordinados, dispersos y apoyados por potencias extranjeras. Fuertemente expuestos a la propaganda comunista, y azuzados repetidamente en lo más profundo de sus sentimientos al deber y al honor, los oficiales fueron limpiamente absorbidos por el engranaje institucional soviético. Al margen del color político que tuviera el gobierno, eran profesionales y como tales plenamente conscientes de que debían lealtad al estado.

Por el contrario, los blancos fueron perdiendo credibilidad a medida que se iba desarrollando la guerra civil. Si bien es cierto que los resultados no acompañaron, los crueles métodos que utilizaron tampoco favorecieron su causa. Su pasmosa falta de inteligencia no les permitía darse cuenta de que, como principal fuerza militar opositora al régimen, su única posibilidad real de derrocar al gobierno era favorecer el aglutinamiento de toda la oposición en un cuerpo compacto, acaudillándolo merced a su poderío bélico. En vez de eso, los reaccionarios generales blancos tomaron a todos los grupos políticos contrarios a la restauración de la

Bibliografía

- CARR, Edward Hallet. *Historia de la Rusia soviética, tomo I: La revolución bolchevique*. Madrid: Alianza, 1974.
- CARR, Edward Hallet. *La revolución rusa: de Lenin a Stalin*. Madrid: Alianza, 1985.
- FERRO, Marc. *La revolución de 1917*. Barcelona: Laia, 1975.
- FIGES, Orlando y KOLONITSKII, Boris. *Interpretar la revolución rusa*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2001.
- FIGES, Orlando. *La revolución rusa, 1891-1924*. Barcelona: Edhasa, 2000.
- FURET, François. *El pasado de una ilusión: ensayo sobre la idea comunista en el siglo xx*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1995.

- HOBBSAWN, Eric J. (dir) *Historia del marxismo*. Barcelona: Bruguera, 1983.
- KOLAKOWSKY, Leszek. *Las principales corrientes del marxismo*. Madrid: Alianza, 1983.
- LEWIN, Moshe. *El último combate de Lenin*. Barcelona: Lumen, 1970.
- SCHUJMAN, Héctor. *La revolución desconocida: Ucrania, 1917-1921*. Móstoles: Nossa y Jara, 1999.
- SERVICE, Robert. *Camaradas: breve historia del comunismo*. Barcelona: Ediciones B, 2009.
- SERVICE, Robert. *Lenin: una biografía*. Madrid: Siglo XXI, 2001.
- TROTSKI, León. *Historia de la revolución rusa*. Madrid: Veintisiete Letras, 2007.